

Patología

Estoy en un lugar al que no pertenezco. Rodeado de inestables, infestado de incompletos. No merezco estar aquí. Las marcas en mi pared anuncian siete años robados. Internado.

Estoy aquí por lo que me gusta llamar exceso de creatividad. Ellos piensan diferente. Demencia, explican. Puntos de vista, argumento. Reclusión, ordenan. Los odio. Por ellos, hoy mis días se reducen a cuatro paredes acolchadas. Por una enfermedad que no existe.

No importa. Logré acostumbrarme a un sólo punto de vista: complazco a mis captores, aprovecho el exceso creativo. Escapo desde mi rincón. Adivinando letras en los barrotes de mi ventana, atrapándolas, escribiendo oraciones. Investigando colores debajo de mi puerta, mezclándolos, redecorando mis cuatro paredes. Inventando objetos en mi cuarto vacío, alimentando mi sed de sombras. En siete años, llevo cincuenta tomos abarrotados, cientos de capas de pintura y un estomago lleno de grises extravagantes. No los comparto con nadie, no entenderían. Mucho menos con ellos.

El tiempo libre me permitió descubrir que no soy el único aquí. Que estoy rodeado de locos. De verdaderos locos.

Enfrente, un cuarto acolchado sin letras, tonos ni sombras. Escritor de vocación, su problema es de los más graves: devoró tantos libros, ensayos y diccionarios que no puede interpretar otra cosa que la realidad. Conoce tantos sinónimos, antónimos, reglas y excepciones para ellas que sólo puede ver las cosas por lo que son. No por lo que siente por ellas. Lo compadezco. Literal, lo bauticé desde mi cuarto.

A la izquierda, un cuarto compartido. Hermanos, puedo adivinar desde mis barrotes. Problemas opuestos, complementarios. El mayor, esponja: absorbe, asimila discursos sin discriminar. No tiene opinión propia. Vacío, balbucea. El menor, pared: no admite opiniones ajenas. Evita los fallidos pasos de su hermano, no quiere caer al vacío. Pero no puede caer, ya está dentro. Ambos permanecen inmóviles, cada uno en su rincón. Es lógico: corren riesgo de contagio.

¿A la derecha? Un pasillo.

Hoy no importan. Hoy escapo de todos. De ellos. Hoy, después de siete años, es el día. Están complacidos con mi progreso: no más demencia, no más puntos de vista. Ilusos. Si sólo vieran los colores en mi pared, los libros que llevo escritos, las sombras que esperan ser devoradas. Me encerrarían de por vida. Suerte que no las comparto.

Pero aún no puedo irme. Antes, debo redecorar por última vez mis seis paredes (en ocasiones especiales como ésta, el techo y el piso cuentan) y vomitar algunas sombras. Más importante: ordenar mis notas atiborradas. No vaya a ser que el próximo inquilino sepa leer barrotes y vea este desastre. O peor: que no encuentre un mensaje de bienvenida. Un simple “Suerte”. Ojala encuentre sus propias formas de entretenimiento en los años robados.

Listo mi equipaje, mi puerta habla después de años de silencio. Hermoso tono de voz. Me levanto, aun encandilado por la explosión de colores en mi habitación. Ya no hay tiempo para redecorar. Salgo apurado, temiendo quedar cautivo otra vez. Desinteresados, mis captores me felicitan, recomiendan y hasta prescriben. No importan, ya quedaron atrás. Salgo por la puerta principal y quedo paralizado. Tantas son las letras,

tantas las sombras. Millones de colores me golpean en simultáneo, devolviéndome la realidad que siete años me negaron. Cierro los ojos. Respiro. Me recupero de la paliza. Persigo el único colectivo que conoce el camino hacia mi hogar. Agitado, lo alcanzo y descanso mis ojos en el asiento. Por primera vez en años, me siento vivo. Estoy vivo. Sonrío.

Abro la puerta de mi casa, me cuesta creerlo. Acostumbrado a vivir entre diarias gamas de colores, mi hogar me resulta sombrío, muerto. Asqueroso, grisáceo. ¿Qué importa? Quito las cortinas, subo las persianas, abro las ventanas. Redecoro. Llego por fin a casa.

Paso mis días en el cuarto más cómodo. En el más colorido. Las rejas de mi ventana, alfabeto para mis lienzos. Para mis paredes. Ya nadie me dice que hacer. No tengo captos. No convivo con una enfermedad que no existe. Sólo con mis compañeros de piso.

Enfrente, el más amplio. Bibliotecario, necesita todo el lugar disponible para sus libros. Para sus interminables tomos de tapa dura. Pasa sus tardes sentado en el mismo sillón, cigarro en mano, releyendo una y otra vez los mismos textos. Desde hace veinte años. Buscando las mismas palabras en sus incansables diccionarios. En sus enciclopedias. Necesita saber. Creerse mejor. Nunca sale, no puede abandonar su misión: explicar lo que lo rodea. Hasta si mismo. Textual, lo bauticé desde mi cuarto.

A la izquierda, hogar compartido. Una mirada penetrante, decidida. Sabia. Afectada por la erosión de los años, no admite imágenes brillantes. Sólo las acostumbradas a sus viejos anteojos. Otra mirada, dulce, inocente. Inteligente. Propensa a observar más de lo que puede comprender. A aceptar todas las imágenes impresas. Cada una en un extremo de la mesa, pelean constantemente. Nunca un guiño.

¿A la derecha? Un ascensor.

Hay algo que no concuerda. ¿Otra vez rodeado de inestables? De pronto me doy cuenta: no me dieron el alta, me trasladaron a un internado más grande. A uno peor. Aquí hay paredes de concreto.

Agustín Capeletto

Todos los derechos (e izquierdos) reservados
www.intentosliterarios.com.ar